

Cuentos de Even

Esta es una recopilación de cuentos cortos de la tradición oral Evenir.

La historia de Dana

Algunos dicen que Dana era una princesa, otros que era un hada.

Yo no lo sé.

De lo que sí que estoy seguro es de que había una profecía.

Nadie recuerda ya los viejos versos, pero auguraba que Dana iba a gobernar u día el mundo.

La gente entró en pánico, y, cuando todavía era muy pequeña, la encerraron en una torre en la ciudad.

La pobre Dana veía jugar a los niños y como se divertían los jóvenes, y el amor y la felicidad y la amistad.

Y deseaba sentirlo.

Pero sobre todo, deseaba ser libre.

Y veía el Mar.

Así que un día, sin miedo, hizo una cuerda con las sábanas teñidas de lágrimas, y se descolgó por la ventana.

Pero las manos le quedaron marcadas de por vida.

En un barco de siete palos y siete velas había un niño rubio y muy pálido, de ojos azules penetrantes.

– Soy el Rey de los Piratas, ¿Qué buscas en mi puerto?– habló el chico.

– Libertad.

Y así, el Rey de los Piratas y la Señora de los Mares se hicieron, un día de sol radiante, a la Mar

La historia de Târo el príncipe

Érase una vez un principito, hace mucho mucho tiempo, que tenía los ojos verdes y la piel como la seda.

Aquel niño se llamaba Târo, y cuando hablaba, se hacía el silencio, y su voz llenaba los salones.

Aquel principito fue creciendo a los ojos de la Corte: sus ojos se hacían más profundos, sus cabellos más largos, su piel más tersa y su voz más bella.

Y de todas las partes del reino iban a contemplar las damas y señores su belleza, y a escuchar su voz.

Y le adulaban, y le hacían regalos.

Y no tardaron en demandar algo a cambio.

Y el principito, que apenas era un niño, con un cuchillo al cuello tuvo que acceder.

Escuchad si os digo, y creed, que Târo pronto deseó que sus ojos se arrugasen, que sus cabellos se secasen, que su piel se agrietase y su voz se extinguiese.

Creedme si os digo que quiso morir.

Pero cada noche que pasaba sin dormir y se manchaban sus sábanas blancas, su piel brillaba más

lustrosa, y su voz más leve que el raso, y su lengua más suave que el terciopelo.
A cada día que pasaba acrecentaba su belleza.
Y a cada día que pasaba acrecentaba su desdicha.
Y el muchacho que una vez fue feliz y alegre, se convirtió en un objeto que solo sentía dolor.
Pasaba las noches entre las sábanas, y dormía los días en los jardines.
Y un día allí encontró a una muchacha fea, sucia y ciega.
La niña, de cabellos pajizos y ojos acuosos le sonrió cuando escuchó que se acercaba.
Y, por primera vez en mucho tiempo, alguien le habló sin adularle y sin reparar en su belleza.
Y la encontró muchos mas días, y hablaron, y jugaron, y rieron.
Y en ella, Târo encontró a su única amiga.
Y lentamente, sin darse cuenta, sin quererlo, sin saberlo, se enamoró de ella.
Un día, cansados después de haber jugado bajo el sol de la mañana, abrazados a la sombra de un árbol, quedaron dormidos.
Y quiso el destino que cayese la noche y que, al oscurecer, buscasen al príncipe.
Y cuando lo encontraron, Târo despertó al sentir sobre sus manos y su rostro la sangre roja y caliente de la niña que soñaba entre sus brazos.

La leyenda del efebo de los bosques

Cuentan las leyendas que en las noches de Luna llena se pueden escuchar en los bosques las canciones de y la voz más bellas sobre la tierra.
Pero, oh, guardaos de buscar la voz entre los árboles y las ramas, pues moriréis si la seguís.
En un claro, bajo la luz de las estrellas, canta un muchacho con la piel como la luna y la voz como la seda.
Si lo encuentras, corre.
Guárdate de su belleza.
Pues si le miras a los ojos te enloquecerá y querrás tomarle.
Y te aseguro que morirás antes de que despunte el alba, sin sangre, en el placer y el calor de su abrazo.

La fábula de Artai y el camino

Artai era un niño con un sueño: llegar al lugar desde donde nace el arcoiris.
Como todo el mundo, Artai sabía que el arcoiris salía después de la lluvia, pero cada vez que intentaba llegar allí donde se veía su comienzo, el arcoiris desaparecía.
Entonces escuchó una historia al calor de la lumbre: la leyenda de Hrúan y Níniel, que habían viajado al Otro Mundo.
Y Artai comprendió entonces lo que debía hacer.
Leyó todas las historias y escuchó todas las leyendas que pudieron contarle en su pequeña aldea para aprender cómo pasar al Otro Mundo, pero no descubrió mucho, así que viajó a la siguiente aldea.
Y así, Artai fue viajando de aldea en aldea y de pueblo en pueblo, buscando historias, y mientras viajaba pasaban los años e iba creciendo.

Entonces, cuando ya era todo un joven, llegó a las puertas de la primera ciudad que vio en su vida, y a las puertas, habló:

– ¿Dónde puedo encontrar libros y quién me puede contar historias?

Durante mucho tiempo vivió Artai en aquella ciudad, y leyó toda la biblioteca y conoció a sus eruditos.

Artai hizo buenos amigos y pronto ganó renombre entre los sabios y maestros, pero jamás olvidó su objetivo ni cejó en su empeño.

Viajó y viajó a lo largo y ancho del mundo conocido, buscando en las historias el camino al Otro Mundo y el final del arcoiris.

Y preguntó a los más sabios, y leyó los libros más antiguos, pero nadie nunca le supo responder.

Finalmente, cuando ya habían pasado muchos años y ojos estaban cansados de tanto leer, Artai que había cosechado fama de sabio por todo el mundo, llegó al lugar en el que reposaban sus últimas esperanzas: Even la Grande, la Ciudad Blanca de Cristal.

Y allí, casi escondido y olvidado entre los rincones más recónditos de la biblioteca de la Academia, lo encontró.

El mapa al Otro Mundo.

Artai sabía ya después de tantos años cómo, dónde y a quién debía hacerle la última pregunta que le restaba por responder: a Elia, la Reina de las Hadas.

Pero le creyeron loco, y se rieron de él.

Y así marchó Artai, una noche de Luna llena, hacia los espesos bosques, en su búsqueda del lugar donde nace el arcoiris.

Y nadie, desde entonces, ha vuelto a verle.

La historia de Ilia

Nadie supo nunca muy bien quién fue Ilia, ni si existió de verdad.

Dicen que era una niña pequeña, pero que, en vez de jugar y reír, paseaba, siempre taciturna, con sus piececitos descalzos, sobre las blancas arenas.

Nunca hablaba y los niños le tenían miedo.

Hay quien cuenta que siempre tenía la mirada llena de esa nostalgia que infunde el Mar, y sus ojos estaban siempre vueltos al Este, a la espuma de las olas.

Y nunca crecía. Pero poco a poco, dice el cuento que se acabó desvaneciendo entre las brumas del Océano, cada vez más transparente, y una noche, ya no estaba.

Por eso, quienes cargan con la nostalgia y la tristeza en sus corazones van a llorar, descalzos, a la orilla de arenas blancas donde mueren las olas.

La historia de Túria

Túria fue la primera ninfa de los bosques y del agua, la primera que estuvo más cerca del otro mundo que de este.

Creedme si os digo que la conocen bien en la Corte del Ocaso.

Un día marchó de Even y se internó en la floresta, completamente desnuda, y encontró un arroyo que corría como el mercurio bajo la luna de plata.

Y allí vive, siempre joven, siempre fresca, siempre feliz en las Cortes del Agua, bañada por las

gotas heladas a la sombra de las hayas.

Y cada poco, alguien escapa de la Ciudad y engrosa su séquito de ninfas entre las ramas.

Y allí bailan, y allí cantan y allí ríen y allí beben para toda la Eternidad.

Lírica

Luz de Estrellas

Los rayos de luz de estrella se cuelan por entre el cristal de la ventana, dibujando en la penumbra la dulce blancura de la piel entre las sábanas.

Los ojos cerrados a un sueño eterno e insondable, las pestañas acarician, como oro, los párpados y bajo las mantas, los labios entreabiertos a la brisa de las noches de invierno, se abren dulces como pétalos de rosa.

Los cabellos como el sol, enmarcando la belleza inmortal, la naricita tierna y rosada, los surcos de las lágrimas en las suaves mejillas.

La respiración tranquila que marca el tempo de la eterna noche, mientras el esbelto pecho sube y baja entre las exquisitas y blancas sábanas.

Las manos que en el sueño abrazan la almohada, la sonrisa en la boca deliciosa, acurrucado en una esquina de la cama.

La luz de las estrellas se cuela por entre el cristal de la ventana, etérea, cautivadora, dibujando en la penumbra la figura de un precioso fantasma dormido en mi cama.

Ocaso

El rojo del cielo teñía sus mejillas.

Pero yo no lo veía.

Estaba sumergido, casi ahogándome en sus ojos, gris azulado como el mar a nuestros pies, bravo y valiente, embistiendo contra el acantilado.

No hubiera podido apartar la mirada de ella ni aunque el cielo se desplomase sobre la tierra.

Quizá me salvó de morir allí apartando la mirada.

Y el rojo del cielo, la sangre derramada del Sol en su camino al ocaso, teñía sus mejillas. ¿O era rubor?

– ¿En qué piensas? – su voz sonó como un susurro del viento entre las hojas del Sauce, y la pregunta flotó por un instante entre nosotros.

Y por un momento estuve tentado de contestar claramente y sin rodeos. Por un momento estuve a punto de contestar que estaba grabando cada brillo de sus ojos a fuego en mis recuerdos.

– En la Belleza... O, bueno, más que en la Belleza, en el *Amor*... – Quizá no era la mejor respuesta, pero no me gusta mentir. Y, de hecho, no mentí.

Y siguió el silencio.

Cualquiera se habría reído, habría hecho un chiste, habría desviado la conversación... Cualquiera cosa con tal de no soportar el Silencio.

No quedaba ya más que un rayo de Sol por hundirse en los mares cuando me miró y me preguntó, con la primera estrella sobre su hombro:

– ¿Estás enamorado, Febo?

No fue más que un susurro. Un susurro entre los susurros del viento. Un susurro de esos que

pueden desvelar los secretos más oscuros y encender los corazones más fríos.

Un simple y suave susurro.

– Sí.

A la luz remanente del ocaso puedo distinguir como sus pupilas se dilatan ligeramente mientras que intenta esconder su sorpresa. Y es normal estar sorprendido.

No suele ser una respuesta usual.

Y me mira diferente, con curiosidad. *¿De quién se habrá enamorado?*, parece que se pregunta la mueca de sus labios.

El Silencio, espeso, denso, insondable, se interpone entre nosotros mientras las primeras estrellas van llenando el cielo con su luz plateada.

– ¿En qué piensas, Diana?

Espera a que el silencio abraze a la pregunta, y cuando los ecos de mi voz casi se han desvanecido más allá del borde del acantilado, contesta.

– En por qué sonríes cuando cierras los ojos.

Noto el rubor en mis mejillas. Noto como fija la mirada en mí. No puedo mentir.

– ¿Diana, crees...? ¿Crees que se puede amar a más de una persona?

Me mira con una cara rara, como si la respuesta fuese obvia.

– Claro que sí. La vida es demasiado larga como para...

– A la vez.– La corto, casi con brusquedad.

El Silencio se apodera, una vez más, como un viejo amigo, de nuestra conversación.

– No... No te entiendo. ¿Cómo a la vez? – Intenta no mirarme a los ojos.

– A la vez. Amar a dos personas al mismo tiempo. Sin distinciones. Sin poder dejar de pensar en ambas. Sin tregua. Sin pausa.

¿Has estado enamorada alguna vez, Diana? ¿Has sentido que podrías estar eternamente mirando a alguien sin cansarte jamás? ¿Has deseado alguna vez que una conversación durase hasta que se te acabara la voz?

¿Te has acurrucado alguna vez en el Silencio?

No puedo apartar mis ojos de los suyos.

Ella tampoco los aparta.

– ¿A quién ves cuando cierras los ojos?

Cierro los ojos y sonrío.

– Tiene el pelo tan rubio como el sol. Sus ojos brillan, dorados, a la luz de las estrellas. Su piel es más suave que la seda y más blanca que la luna. Sus labios son como los pétalos de una rosa, húmedos, dulces, deliciosos.

Tiene la naricita más adorable que hayas visto jamás, y su sonrisa es capaz de hacer que deje de llover.

Es bueno, dulce, juguetón, cariñoso, inteligente, divertido y a veces se le va la pinza.

Abro los ojos. Me está mirando fijamente, con más intensidad que antes.

– ¿Cómo se llama? – su voz es apenas audible y hay *algo* extraño en ella.

- Ério
 - ¿Por qué nunca me le has presentado?
- Trago saliva.
- Porque solo existe en mis sueños.

Sábanas blancas

Bajo las sábanas se adivinaba una figura desnuda, temblando.

La tela se arremolinaba en caprichosos pliegues sobre las lujuriosas curvas que dejaban intuir la suave piel, como pulida en mármol, entre ellos.

Su llanto llenaba la pequeña habitación, los gemidos atenuados por las almohadas y las mantas.

La chica no podía apartar la mirada, no podía moverse del sitio, ensimismada.

No podía evitar contemplar la extraña figura, y dejar su mente volar, imaginando el cuerpo que yacía bajo las sedas, sumergida en el deseo más intenso que nunca hubiese sentido.

Quería acariciar la piel de ese ser imposible. No aguantaba más.

Se acercó a la cama, con la respiración entrecortada, mientras escuchaba sus propios latidos.

Lentamente, apartó las sábanas.

Sus ojos eran del color del sol poniente, cálidos, sugerentes, soñadores.

Sus labios finos, suaves como pétalos de rosa, húmedos y brillantes.

Su piel inmaculada, impoluta, tostada dulcemente a la brisa de verano.

Su nariz delicada y pequeña, inocente, casi infantil.

Su larga melena caía más allá de la perfecta curva de su cuello y de sus hombros esculpidos en cristal puro, negra como el pelaje de una pantera.

Destilaba elegancia y gracia, y sus músculos se adivinaban tensos bajo la piel, salpicada de pequeñas motas y pecas, casi como la de un felino.

Sus sollozos eran tenues y suaves, su expresión desgarradora mientras las lágrimas rodaban de sus preciosos ojos, dejando un regero frío por toda la desnudez de su cuerpo.

La muchacha no había visto nunca un ser tan sensual, tan delicado, tan hermoso al natural.

Y jamás había imaginado que un chico pudiese ser tan exquisitamente bello.

Su corazón se partió en dos al notar las lágrimas, gotas de plata fundida a la luz de la Luna, corriendo por las mejillas del muchacho en la penumbra.

Y dejó de fijarse en la maldición del muchacho, en su preciosa belleza eterna.

Tendiéndose a su lado lo abrazó, y suavemente le susurró al oído:

“No temas. Jamás podría hacerte daño”

Las Leyendas de Nar Naellan

De AëI

Los copos de nieve caen más allá del cristal de la ventana, blancos, húmedos sobre la hierba, como besos dulces y suaves de las nubes. La capa de nieve va engrosando mientras las estrellas giran en el cielo, y, a su luz, unos ojos gastados buscan el camino a la casa.

Quizá es incluso pecar de orgullo llamar a aquello “casa”, pues no son más que cuatro paredes de

piedra, gris y basta, que sostienen cuatro vigas de madera vieja y carcomida.

Los pies y la memoria del anciano, y no su vista gastada ni la luz de las estrellas, consiguen de alguna manera dirigirle por las últimas colinas que distan hasta la cabaña, dejando tras de sí un rastro de profundas huellas, negro sobre blanco, en la creciente capa de nieve.

Tres toques, ni uno más. Una voz casacada que con hastío intenta quejarse pero renuncia a ello. Con pesadez y lentamente, el hombre se arrastra hasta la puerta y con más pesadez si cabe, la abre, para encontrarse con su invitado.

Podríase pensar, y con razón que a este hombre, en verdad más mueble que humano, no le gustan las visitas. O que simplemente es ya muy de noche. Y sería verdad.

Pero la visita había sido concertada largo tiempo atrás, tanto que solo el anciano lo recuerda con claridad. Por eso el rostro del hombre se descompone en un rictus de sorpresa y asombro cuando reconoce a quien se yergue, como la estatua de un rey antiguo, en el umbral de su puerta.

– “¿Me vas a dejar pasar?”

El hombre, sin articular palabra, se aparta de la puerta, y el anciano avanza por la única habitación de la cabaña, hasta el escaño de madera basta en frente de la chimenea. Los techos son bajos, casi tanto que la cabeza roza con las traviesas de roble. Las botas, de cuero rojo, dejan pequeños charcos entre las juntas del suelo de tablas rotas.

– “¿Recuerdas por qué estoy aquí?” – Su voz llena la habitación, poderosa, mientras se descalza y deja las botas frente al fuego.

El hombre, sin proferir palabra alguna, mudo desde el mismo momento en que el anciano puso un pie en su casa, se le queda mirando, como bobo.

La densa melena, como rayos de luz de luna, parece brillar con luz propia, y el danzar de las llamas se refleja en unos ojos plateados, y sin pupila.

El anciano se deshace elegantemente de sus guantes, y los coloca sobre el dintel del hogar. Sus dedos son largos y finos, y la piel tersa, como la de un joven, se revela blanca e impoluta bajo las telas de la capa.

– “No sabes quién soy,” – dice, con sorna, y el hombre se relaja al sonido de su voz grave y melodiosa – “pero yo te conozco bien.”

“Eres un solo un pobre guardabosques que solo buscaba un poco de calor, ¿verdad?”

El hombre asiente levemente con la cabeza y deja escapar un pequeño suspiro.

El anciano se desabrocha la camisa y la deja sobre el escaño. De repente, ya no parece tan anciano. Su torso es delgado y su piel blanca deja traslucir las azules venas, pero ninguna marca de la edad se averigua en su tersura.

De un bolsillo saca un cuchillo y lo deja en el fuego, mientras mordisquea los restos de una flor. Una rosa blanca. El rostro del hombre se torna lívido, el color desaparece de sus facciones.

El anciano toma el cuchillo, al rojo vivo, sin inmutarse y se dirige hacia el hombre, sin prisa.

El hombre no trata de sacar la espada que guarda debajo del catre, junto a la armadura y las espuelas, sino que se queda quieto, esperando como un corderito a la muerte.

El anciano le sostiene del cuello, y, con un movimiento rápido y medido, hunde el cuchillo en ambos ojos que estallan, derretidos como mantequilla líquida al contacto con la plata al rojo. Después le corta la garganta.

El hombre cae al suelo, muerto.

Metódicamente, el anciano se calza las botas y se pone los guantes. Limpia el cuchillo en la camisa del hombre y lo enfunda.

Se dirige hacia el bulto bajo las sábanas, y descubre a la niña, temblando de miedo, desnuda, con el cuerpo cubierto de cardenales y golpes de todos los colores.

El anciano se sienta en la cama y la mira directamente a los ojos, sonriendo. La muchacha le devuelve una mirada desconfiada mientras coge la rosa que le ofrece el anciano.

— “¿Quién eres?” — pregunta, con voz trémula al anciano. — “Me llamo Aël. El resto, nunca lo sabrás. No preguntes. No me busques. Nunca cuentes esta historia”

Y con estas palabras el anciano cierra tras de sí la puerta de la cabaña, llevándose consigo el cadáver del hombre, y sale al bosque.

Los copos de nieve caen más allá de la ventana, blancos y furiosos, como soldados del cielo que marchan a conquistar las colinas. En la tormenta, un anciano avanza, dejando tras él un rastro de pesadas huellas en las nieves, blanco sobre negro, que se pierde en el horizonte, al oeste.

De Aël (según lo cuentan en las montañas)

AËL

Escrito por Elwë

Los copos de nieve caen más allá del cristal de la ventana, blancos, húmedos sobre la hierba, como besos dulces y suaves de las nubes. La capa de nieve va engrosando mientras el ocaso da paso a las estrellas en el cielo, y, a su luz, unos ojos gastados buscan el camino a la casa.

Quizá es incluso pecar de orgullo llamar a aquello casa, pues no son más que cuatro paredes de piedra, gris y basta, que sostienen cuatro vigas de madera vieja y carcomida.

Los pies y la memoria del anciano, y no su vista gastada ni la luz del sol poniente, consiguen de alguna manera dirigirle por las últimas colinas hasta la cabaña, dejando tras de sí un rastro de profundas huellas, negro sobre blanco, en la creciente capa de nieve.

Tres toques resuenan en la noche, ni uno más. Una voz cascada intenta quejarse con hastío, pero renuncia a ello. Con pesadez y lentamente, el hombre que allí habita se arrastra hasta la puerta y con más pesadez, si cabe, la abre para encontrarse con su invitado.

Se podría pensar, y con razón, que, al señor de la *casa*, en verdad más mueble que persona, no le gustan las visitas. O que simplemente es ya muy de noche. Y sería verdad en ambos casos.

En verdad, la visita había sido concertada largo tiempo atrás, pero de aquello hace tanto que solo el anciano lo recuerda con claridad. Por eso el rostro del hombre se descompone en un rictus de sorpresa y asombro cuando reconoce a quien se yergue, como la estatua de un rey antiguo, en el umbral de su puerta.

¿Quién no reconocería a la mismísima sombra de la Muerte?

— ¿Me vas a dejar pasar? — la voz surge, profunda e imperiosa, de la vieja garganta.

El guardabosques, sin articular palabra, se aparta de la puerta impelido por la fuerza de aquella voz, y el anciano penetra en la única y destartalada habitación de la cabaña. Los techos son bajos, tanto que la cabeza casi roza con las traviesas de roble. Las botas, de cuero rojo, dejan pequeños charcos entre las juntas del suelo de tablas rotas.

— ¿Recuerdas por qué estoy aquí? — Su voz llena la habitación, poderosa, mientras se sienta en un viejo escaño y deja las botas frente al fuego.

Sin proferir palabra alguna, mudo desde el mismo momento en que el anciano puso un pie en su

casa, el hombre se le queda mirando, ensimismado en sus extrañas facciones.

La densa melena, como rayos de luz de luna, parece brillar con luz propia, y el danzar de las llamas se refleja en unos ojos de plata veteados de negro mate, sin pupila y sin rastro alguno de humanidad.

El anciano se deshace elegantemente de sus guantes y los coloca sobre el dintel del hogar. Sus dedos son largos y finos, y la piel tersa, como la de un joven, se revela blanca e impoluta bajo las capas de tela.

— No sabes quién soy — dice, con sorna, y el hombre se relaja al sonido de su voz grave y melodiosa —, pero yo te conozco bien.

» Eres un pobre guardabosques que solo buscaba un poco de *calor*, ¿verdad?

El pobre diablo asiente levemente con la cabeza y deja escapar un pequeño suspiro, aliviado.

El anciano se desabrocha la camisa y la deja sobre el escaño. De repente, ya no parece tan anciano. Su torso delgado y su piel blanca dejan traslucir las venas azules, pero ninguna marca de la edad se averigua en su tersura.

De un bolsillo saca un cuchillo y lo deja en el fuego, mientras recorta las espinas de una flor.

Una rosa blanca.

El rostro del hombre se torna lívido, y el color desaparece de sus facciones, como si hubiese visto un fantasma.

Un fantasma, de hecho, es lo que están contemplando sus ojos.

Aquel fantasma retornado de las brumas de la Muerte toma el cuchillo, ya al rojo vivo, sin inmutarse, con la misma frialdad que alguien que agarra un témpano de hielo, y se dirige hacia el hombre, lentamente.

El guardabosques no trata de sacar la espada que guarda debajo del catre, junto a la armadura y las espuelas, sino que se queda quieto, paralizado de terror y aguarda a la muerte, pues ya está, en verdad, muerto.

El anciano le sostiene del cuello, y, con un movimiento rápido y medido, hunde el cuchillo en ambos ojos, que estallan, derretidos como un globo de mantequilla líquida al contacto con la plata al rojo.

Y el cuerpo cae, sin vida, al suelo.

Metódicamente la Justicia se calza las botas y se pone los guantes. Limpia el cuchillo en la camisa del hombre y lo enfunda, mientras una muchacha tiembla de miedo, en el sucio catre del hombre muerto.

El anciano se sienta en la cama y la mira directamente a los ojos, sonriendo. La muchacha le devuelve una mirada desconfiada mientras coge la rosa que le ofrece el anciano.

— ¿Quién eres? — pregunta, con voz trémula y asustada.

— Me llamo Aël. El resto es mejor que no lo sepas.

Aël hace ademán de irse, pero nota como la chica le tira de la manga en el último momento.

— No me quiero quedar sola.

— ¿Y qué quieres? — pregunta extrañado

— Ir contigo — dice la muchacha, mirándole fijamente

—¿No te da miedo el Ángel de la Muerte? — su voz ha cambiado totalmente, y la mira como si la chica fuera un perro verde y él no acabase de haber matado a un hombre.

Para su sorpresa la chica deja escapar una carcajada burbujeante

– Venga ya... tú no eres la Muerte, y me da mucho más miedo quedarme aquí sola

– Está bien– cede él mientras la tiende su camisa– pero abrígate

Con estas palabras el anciano cierra tras de sí la puerta de la cabaña, con un cadáver al hombro y una niña de la mano, hacia el Oeste.

Una Sombra en la Noche

No puede dormir. El viento aúlla más allá de los gruesos muros de la torre de cristal, enfurecido e impetuoso en su batalla contra la gente que trata de descansar ahí abajo, en el mundo.

El aire frío se cuela por entre sus mantas, dejándole indefenso. Se siente frágil, tanto como el cristal de las paredes que le rodean. Inútil.

Abandonado.

Sin siquiera darse cuenta, las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas, más blancas que la luz fría de las estrellas, dejando regueros en la suave piel. Sus sollozos son apenas un susurro, pero parecen gritos desgarradores en el silencio de la noche.

Está solo.

El niño sigue llorando, ahogándose en un mar de tristeza y soledad infinitas. Sus preciosos ojos de negro y plata han enrojecido, cansados de tanto llorar, noche tras noche.

Pero no puede parar.

Es el llanto de toda una vida sin importarle a nadie, encerrado en una torre. Una vida en la que cada día se alarga dolorosamente hasta que siente que no puede más.

Un infierno.

Sabe que nadie le escucha. Nadie se preocupa por él. En su adorable inocencia a veces piensa que a lo mejor se han olvidado de él, y que a lo mejor le escuchan y que a lo mejor vulven a por él.

Acurrucado en una esquina de la cama, el niño acaba dormido a la luz de la Luna, entre lágrimas de plata y cristal, sollozando en sus pesadillas.

Simple. Bello. Triste.

Una voz suave despierta al niño. El sol derrama su luz y la Torre resplandece como un faro, deslumbrante en medio del bosque.

Como hechizado, se asoma a la ventana y la ve.

Una chica cantando a la orilla del riachuelo que corre como el mercurio en la mañana.

Una canción que habla del amor y de la amistad, de fiestas, de felicidad, de hazañas imposibles.

Y por primera vez en su vida, el niño sonríe.

La voz de la muchacha se va colando poco a poco en el corazón del niño. Parece que se acompasa con sus latidos.

En realidad parece que lo hace latir.

Los rayos del Sol deslumbran sutilmente sus suaves y dulces labios, pálidos como un pétalo de rosa, que entreabiertos, extasiados, la plata de sus ojos refulgente, y las estrellas de su pelo y la nieve de su rostro iluminando la mañana.

La voz de la chica se desvanece poco a poco. Sus ojos se clavan en él, deteniéndose en cada

detalle de su cuerpo y de su piel, en cada pliegue del largo camisón que le llega hasta las rodillas. Nota el corazón acelerándose en su pecho sin motivo. La sangre azul invade sus venas bajo la nivea y fina piel, y el rubor tiñe sus blancas mejillas de pálido escarlata.

Asustado, el niño se acurruca en un rincón de su pequeña cama, entre sábanas de seda blanca como la escarcha y se queda dormido entre las mantas de lana.

La noche cae lentamente sobre la Torre Blanca de cristal, cae la nieve fría, y las estrellas se derraman en el firmamento y la luna ilumina el rostro de la muchacha.

La voz se extiende en la noche como la miel sobre el pan caliente, fundiendo las blancas nieves a su paso.

Y el muchacho se despierta, envuelto en un sueño dulce de canciones y esperanza.

Y sigue la voz como hecizado, y salta descalzo de la ventana.

Y camina sobre las frías nieves de la noche, dejando tras de sí un reguero de pequeñas huellas blancas.

Como en sueños hacia el sauce, de ramas azules y hojas de escarcha, y bajo el camisón de fina seda, desnuda la piel de porcelana.

La muchacha acaricia la suave piel de luz de estrellas, y sus ojos de violeta se fijan con deseo en sus labios, entreabiertos en el aire de la noche.

La dulce brisa del invierno mece los copos suaves de nieve bajo sus pies desnudos y la luz de plata de la luna acaricia la deliciosa curva de su cuello.

Y con un movimiento suave, perdido en la noche de los tiempos, sin prisa, sin ansia, acaricia sus labios lentamente, dulces y suaves, sin hacer caso del frío ni de la noche y las estrellas ni del Viento del Oeste.

La leyenda del Rey de los Piratas

A Eärendil el marinero

Escuchad atentamente.

Pues todavía susurran las olas su Historia al morir sobre las finas arenas de plata.

Todavía musitan los Vientos su nombre al henchir las velas de los barcos.

Todavía tintinean sus risas en la Mar.

Escuchad, pues, a la luz de esta hoguera, la historia del gran Rey de los Piratas.

Había una vez hace mucho mucho tiempo una isla pequeñita perdida en algún lugar de un océano rodeado de aguas cristalinas.

Allí, en una diminuta y preciosa playa de arenas blancas y aguas azules, vivía un niño que soñaba con convertirse en pirata y navegar sobre las olas del Mar hacia mundos desconocidos.

Aquel niño era hijo del Viento, y su piel era pálida como un beso de Luna.

Pero el Sol, celoso y corroído por la envidia cuando lo vio, marcó al pobre muchacho en el ojo izquierdo con una horrible mancha roja.

Le trataron como una rata y un monstruo. Los bebés se asustaban al verle, los otros niños se reían y le pegaban, y las viejas ponían cara de pena cuando le veían pasar.

Pronto se olvidaron de su nombre, y le pusieron motes, y le persiguieron, y le apalearon hasta que su preciosa piel desapareció bajo los golpes y las cicatrices.

Le escupieron y le llamaron cosas que harían estremecer a una montaña, y cuando se aburrieron

de torturar a un niño inocente, lo echaron.

Y así creció, olvidado, triste, solo, creyéndose un monstruo, en una pequeña casita de madera a la orilla del Mar.

Y solo salía de noche, cuando nadie le podía ver, y se sentaba frente al mar, llorando, sin darse cuenta de que su piel, más blanca que la escarcha, brillaba a la luz de la Luna.

Mucho tiempo después, un día de sol de aquellos que odiaba, apareció en el Oeste un barco con siete mástiles y siete velas henchidas al Viento, más grande que ningún otro que hubiese visto jamás.

Y cuando el barco atracó en las arenas de su playa, el niño, temblando de miedo, se escondió entre las sábanas raídas de su catre.

– ¡He venido a hablar con el señor de estas tierras!– gritó una voz en la lejanía. Siete veces más gritó la voz, a medida que se acercaba a la cabaña del niño.

Y finalmente, cuando la voz estaba sobre él, respondió temblando, al borde de las lágrimas:

– No soy señor de ningún sitio... Dicen que soy un monstruo.

– ¿Y por qué te tratan así?– Sus ojos eran de un azul penetrante como el Mar, y lo miraban sin miedo.

– Por esto– dijo el niño mostrando su ojo izquierdo.

Una melena castaña caía más allá de los hombros de la Voz, y su piel bronceada estaba salpicada de pequeñas motas y pecas. La admiración se plasmó en sus facciones, su boca entreabierta, sus ojos brillantes.

– No veo ningún monstruo...– dijo en un susurro.

– Pero mi ojo...– protestó el niño.

– Quien te haya dicho que eres un monstruo tiene envidia o no ha contemplado nunca la Belleza– contestó duramente la voz

Ante aquellas palabras una pequeña sonrisa asomó a los labios y los ojos de aquel muchacho que nunca había sonreído ni había aprendido a reír.

– Hijo del Viento– ofreció la Voz tendiéndole una mano–, ven con nosotros, sé feliz, deja esta tierra.

– ¡He venido a hablar con el señor de estas tierras!– gritó el Rey de los Piratas por séptima vez.

Una niña con el pelo rojo y los ojos plateados apreció de entre la espesura.

– Déjame, soy una bruja– dijo la niña.

– Entonces, yo soy el Diablo– contestó el niño guiñando el ojo izquierdo.

Las historias inconclusas

De la Reina Eleanor

I

En aquella lejana tarde de Verano, tan lejana que no habían sucedido aún ni mitos ni leyendas, Eleanor contemplaba las nueve fulgurantes torres de Even, heridas por los rayos de un sol todavía joven, que no tenían nombre, y en verdad no lo tendrían hasta muchos años después, cuando sus huesos fuesen polvo y el Viento hubiese borrado los rastros de su tumba.

Tiempo después, la Reina recordaría aquellos días de sol y juventud, postrada, risueña contra la blanca balaustrada aun cuando las nubes invadían el cielo y el mar bravo amenazaba con tragarse la isla para siempre.

Mas, ignorante de los designios del Viento, Eleanor descansaba, los cabellos como la plata, los ojos como el mercurio, la piel como la leche y los labios como la rosa, después de haber recorrido descalza las calles de su pequeño reino.

Como su madre antes que ella, había sido Reina desde el instante en que nació con la marca de la Rosa en las sienes y en lo profundo de sus pupilas, y como su madre antes que ella, y como haría después su larga descendencia hasta aquel aciago día, cuando calló el último pétalo de la vetusta Rosa, se levantaba al despuntar el primer rayo del Sol y no se acostaba nunca antes de que la Luna hubiese alcanzado su cénit.

En aquel entonces no había todavía, pues el tiempo apenas acababa de empezar a girar, mucha gente en la Ciudad. Y en aquellos años, cada día, sin falta, Eleanor recogía sus mantas de los adoquines y recorría una por una las moradas de sus súbditos que se tornaban más y más bellas con el correr del tiempo, pero que parecerían grutas y cuevas si se comparasen con las espléndidas mansiones de piedra blanca y penachos de cristal que embellecen la ciudad hoy.

Y todos los habitantes de Even recibían a su Reina con una sonrisa, y llenaban la pequeña orquídea de plata con agua de flores, que la soberana bebía con avidez. Y es que todavía en la Ciudad no se conocía, y tardaría siglos en conocerse, el obrar de aquellos que se decían monarcas y reyes en los países lejanos que se esconden más allá del Mar, sumidos en el lujo y la decadente opulencia.

Por suerte, las Reinas de Even fueron siempre, mientras se tuvo en pie sin marchitarse la Rosa, las señoras más nobles que nunca pisaron la Tierra de los Sueños. Y así pasaron años, muchos años, hasta que la propia Eleanor durmió bajo un techo, y no fue esto posible sino por obligación de todo su pueblo, que veía en la inocente niña el ejemplo más noble de virtud que habían conocido, y desde aquel día se aposentaron las Reinas, y después los Reyes en los Salones del Viento, que se llamaron más tarde, cuando ya habían caído en el olvido los nombres antiguos, la Sala de los Reyes.

Pero antes de todo aquello, encontraron más de una vez a la dulce Reina durmiendo bajo una capa de nieve y hielo, con los labios cubiertos de blanca escarcha, y la pensaron muerta.

Así pues, la Reina recorría cada casa de cada persona que vivía en su feudo, jugaba con cada niño y reverenciaba a cada anciano. Después de rendir desde el Alba el homenaje que le correspondía a su pueblo como soberana, y no al revés como se hece en otras tierras, Eleanor, la segunda Reina de Even, tomaba un merecido descanso.

Porque así eran entonces las Reinas y los Reyes, y porque así deben ser por siempre hasta que desaparezcan el Sol y la Luna del firmamento y el mundo se torne en polvo: en su humildad y su virtud alcanzaron la nobleza y el honor, y de ninguno, mientras no se marchitó la Rosa, se pudo decir jamás una mala palabra. Cuentan las historias que algunos incluso llegaron a alcanzar tal grado de beatitud que se dice que no tuvieron nombre que no vistieron jamás con ropas opulentas, y que aún así a su paso se arrodillaban hasta los orgullosos señores de Más allá del Mar, tal era la majestuosidad y la magnificencia que emanaban. Y envueltos en aquella regia autoridad, incluso desnudos, sus cabellos blancos flotando en hebras deshilachadas, todo ser viviente sobre la faz de la Tierra los reconocía como soberanos.

Y allí Eleanor, mucho tiempo antes de todas las cosas que las mentes recuerdan, tomaba en las primeras horas de la tarde tranquilamente el Sol de Verano, cuando posó sus ojos sobre una cabellera del color de aquellos mismos rayos fulgurantes, que llegaba hasta los hombros de una muchacha de piel de Luna y naricita de nube, Y sus ojos se encontraron con los de la Reina,

grandes y refulgentes, del color violeta que tienen las últimas sombras del Ocaso al Oeste.

Y la Reina ni la conocía ni la recordaba. Aquello habría sido, en efecto, imposible, pero jamás Eleanor había contemplado a la bellísima muchacha de figura esbelta y pálida recortada al declinante sol de la tarde. Y era porque aquella chica de mirada perdida había naufragado en las aguas vedadas allende los mares, mientras viajaba a tierras ignoradas por el común de los mortales, por medios que ningún eveniri había contemplado todavía.

Quiso, pues, el Viento, y quizás la Justicia, que aquella adolescente diiese con sus huesos mojados en las arenas blancas de aquella isla idílica, en esa precisa mañana, y que hubiese llegado, sin recordar siquiera su nombre, andrajosa y calada, hasta las calles de una ciudad que no salía, ni saldría hasta siglos después, en los mapas.

Eleanor corrió hacia la muchacha, asustadísima, y le habñó y le prengutó si estaba bien. Y se entendieron porque todos hablamos una vez la misma lengua, y esta historia sucedió hace muchísimo tiempo, cuando todavía todas las lenguas del Mundo eran muy parecidas.

Como la chica se encontraba todavía conmocionada, Eleanor pidió a Shâ, el hombre que mejor tejía en la ciudad, que hiciese una sencilla prenda para vestir a la muchacha del Mar. Y Shâ, recordando como cada día Eleanor lo visitaba en su taller, jugaba con sus hijos y le masajeaba la espalda torturada encorvada de las labores, confeccionó una prenda con mangas de chorreras y que se ajustaba con cordones. La tejió con pétalos de margarita e hilo de plata y cristal. Y siempre estuvo blanca, y era tan bella que los príncipes y princesas, los infantes y las infantinas la llevaron con orgullos hasta el último de los días de los Reyes. Y tanto le gustaron a Eleanor los colores que elegidos que dictó, aun sin que se conociesen todavía las Leyes, la primera de la Historia y única de su reinado, y fue que el Blanco y la Plata serían para siempre los colores de la Ciudad. Y todos estuvieron de acuerdo, y tantó gustaron la prenda y los colores que hasta nuestros días se llama Shâ a aquellas camisas y al estandarte de aquel lejano reino.

Se dice que en el momento en el que la Reina contempló a aquella muchacha, resplandeciente bajo el Sol, con el shâ que siglos después llevarían reyes y príncipes, la plata fulguraba como envuelta en llamas, el tiempo se paró.

Y por un instante, hasta el mismo Viento, incesante, se quedó quieto, perdido, como el propio alma del mundo, en la mirada eterna que cruzaron la Reina y aquella muchacha que vino allende los mares.

Quienes cuentan las historias dicen que después de una eternidad, cuando el tiempo retornó a su cauce, la Reina y aquella chica de ojos como el ocaso ya estaban enamoradas.

Si esto es verdad, no me corresponde a mí juzgarlo.

En aquella época, la gente no se preguntaba tantas cosas como ahora. Y es verdad que vivían felices, pero sabían menos cosas.

Todavía nadie sabía que había otras ciudades y otros pueblos y otros reinos. Que se podía navegar sobre las aguas con buques y galeones. Que si te acercabas al borde del Mundo había una niebla densa e impenetrable que era la Nada.

No había sabios ni Academia, y los libros solo tenían poemas en sus páginas. No habían aparecido las historias y nadie se preocupaba de recoger lo que pasaba día a día ni de contar los años.

Y como en aquellos tiempos antiguos pasaban siempre cosas extrañas, a nadie le asombró que una muchacha apareciera como nacida de las olas. Por eso la llamaron Talä.

Aquellos que recuerdan las historias dicen que la voz de Talä era dulce y clara, como el cantar del agua sobre las piedras, suave y tenue como la brisa del mar y el rumor de las olas, y susurrante como el murmullo de los pasos sobre la arena.

Y pese a que poco a poco fue recobrándose de su naufragio y recordaba con sus nombres todas las partes de un barco y todas las maneras de invocar a los Vientos, jamás recordó cómo la llamaron al nacer ni de dónde vino.

Jamás nunca nadie lo ha sabido. Quien afirme lo contrario, miente.

Talä adoraba, pues, el océano y las mareas, y pasaba los ocasos en aquel acantilado, con la mirada fija en el Este, llena de nostalgia por un lugar que había olvidado, y en sus ojos violeta se confundían con las sombras que dibujaba el Sol en el cielo y las nubes mientras moría hundiéndose bajo las crestas espumosas de las olas.

Aquellos ojos violeta oscuro tuvieron pronto la atención de la Reina, y, de alguna manera, trajeron la prosperidad a Even. Estaban llenos de inocencia y de bondad, de dulzura y de risa, pero sobre todo, de curiosidad.

Talä había traído consigo la curiosidad de más allá del mar, pero la avaricia, la ambición y las ansias de poder se habían quedado atrás, perdidas en la tormenta junto con su memoria. Algunos dicen incluso que fue ella quien grabó sobre el arco del Gran salón aquella inscripción antigua que reza “Esta será la memoria del Mundo”, cuando al final de su vida aquellas bóvedas se hubieron llenado de libros y de rollos refulgentes de cristal.

A medida que pasaba el tiempo, Eleanor la admiraba más y más. Llegó a pasar las horas muertas escuchando el sonido de su voz, buscando el violeta de sus ojos, embriagándose con el aroma de su piel y riendo sus ocurrencias.

Lentamente, se estaba enamorando. Dulcemente. Era irremediable.

Y todos lo sabían: su amigo el sastre, el herrero, las cristaleras del otro lado de la calle, los sabios, los ancianos, e incluso los niños. Todos en la ciudad lo sabían excepto ella misma y la chica del mar.

Ella no se dio cuenta porque era la primera vez que se enamoraba, y al principio lo confundió con una profunda amistad (que en el fondo también sentía). Talä no se dio cuenta porque Eleanor era la Reina, y jamás se le ocurrió esa posibilidad.

Y las gentes de Even, que, aunque fuese solo por instinto, han sabido siempre del amor, no dijeron nada, sino que callaron y observaron de cerca y escribieron la primera historia de amor, que se conserva en un rollo de cristal fino y blanco como la nieve, en letras negras de azabache.

Y, por lo que más queráis, si alguna vez os encontráis en la misma tesitura, hacedlo. Callaos porque no hay otra cosa que más disfrute una pareja de enamorados que vivir su propia historia de amor.

II

Durante aquel verano, Eleanor se dio cuenta de que se había enamorado mientras dejaba que las aguas bañaran sus pies. A su lado, Talä perdía su mirada en las olas, y la Reina se vio reflejada en el púrpura profundo de sus ojos.

Y en el momento en el que vio cómo miraba ella misma a aquella muchacha que había venido allende los mares, y cómo aquella muchacha miraba al mar, se dio cuenta de que era la misma mirada. Se dio cuenta, mientras se observaba a través de aquel tinte violeta, de que era feliz, de que estaba tranquila, de que al lado de Talä no tenía que ser la Reina. De que se había enamorado.

Cuando se dio cuenta, su sonrisa se hizo aún más grande.

Y siguió chapoteando en el agua.

Como cualquier adolescente que se enamora por primera vez, Eleanor no sabía muy bien qué

hacer. Y como cualquier adolescente, buscó consejo.

Pensaréis que lo encontró en el sastre. O en el herrero. O en las mujeres que hacían el cristal. Y es verdad que les preguntó, pues no tenía miedo de admitir el amor, como lo han tenido todos los enamorados después de ella. Pues para ella era tan obvio lo que sentía que suponía que todo el mundo lo había notado.

Pero no contó con Talä.

Así, el herrero, el sastre y las cristaleras le dieron todos buenos consejos que le sirvieron, pero no fueron ellos quienes estuvieron a su lado siempre y a quienes contó todo.

La Reina de Even habría podido tener a su disposición a los más sabios del mundo, a los más eruditos, a los mejores consejeros. Pero, por cosas del destino, la Justicia o el azar, fue a confiar en un niño pequeño.

Y es que, en el fondo, si hablamos de temas de amor, de amor de verdad, lo más importante es el instinto y la sinceridad. Y nadie sabe más de eso que un niño pequeño.

Aquel enanito adorable tenía el pelo cada día de un color o incluso de varios, siempre brillante, y le gustaba hacerlo ondear al viento. Lo único de su figura que no cambiaba a diario (y que no cambió nunca) eran sus ojos: uno dorado apagado y suave como la miel oscura, y otro de aguamarina clara, como las aguas poco profundas que hay en las playas de arenas blancas.

Aquel chico tenía un nombre muy antiguo y rimbombante: Taelannan Ar Ys. Como era tan grande para algo tan pequeño, todos le llamaban Tay.

Tay era el niño, con alguna excepción pero no muchas, más adorable que se había visto hasta entonces. Y era travieso. Muy travieso. Era tan travieso que una vez robó el Shā y lo puso de bandera en la torre más alta de la ciudad, la que se conoce como Torre del Viento. Y nadie le vio ni nadie supo cómo se había subido allí. Pero aquello resultó gustar tanto a Eleanor que hizo encargar un estandarte con los colores del Shā para la ciudad, y el resto es historia.

A partir de aquello, la Reina empezó a trabar amistad con Tay Y empezó llegar a ser los mejores amigos que se había visto en Even, pues tenían una relación tanto o casi más estrecha que la de los amantes. Entonces Talä empezó a tener celos de aquel muchacho, y ya no podía aguantarlo. Fue así como ella se dio cuenta de que se estaba enamorando de Eleanor.

En el fondo, Eleanor pensaba para sí muchas veces que Tay eres un amor, y acabó convirtiéndose en su compañero de vida. Se podría debatir si la Reina llegó enamorarse realmente del muchacho alguna vez. A ciencia cierta se sabe que lo beso, y quizá llegaran más lejos. Pero eso no es concluyente, porque Eleanor experimentó a lo largo de su vida una creciente fascinación por la belleza. Y Tay, además de adorable, fue siempre extremadamente bello y delicado.

Además, pensé que vivió más de cincuenta años, nadie sabe porque no envejecía al ritmo normal. No es un caso insólito, y hay registros de otros, pero fue el primero, y muy raro, pues, en suma, al final de su vida, no parecía tener más de diecisiete.

Tampoco pasaba como adulto. Tay fue la mayor parte de su vida un niño, y después, un adolescente. Jamás llegó a la madurez. Y jamás perdió su inocencia, que es, en el fondo, lo que hace a un niño.

En todo caso, si la Reina se enamoró de él o no, solo le corresponde a ella juzgarlo, pues, en el fondo, la línea que separa la amistad del amor es tan fina que a veces ni existe, si no es que, en verdad, las dos cosas son lo mismo.

Todo empezó esta vez cuando Tay robó el Shā: Eleanor volvió de una tarde en la playa y lo vio ondeando. Y, lejos de molestarle o alarmarle, empezó a reírse y a preguntarse de qué habría sido la ocurrencia. Le pareció, pues, un gesto simpático. Pero cuando vio al muchacho agarrado al poste y al punto de caer, su risa se tornó en grito, y corrió hacia el lugar. Mas, antes de que la

Reina pudiese alcanzar los pies de la Torre, el muchacho había caído. Eleanor corrió como alma que lleva el diablo hacia el lugar, muy asustado y creyendo muerto al pobre niño.

Del Amor

Esta historia y este mundo son completamente tuyos

Del Amor

La muchacha huía, corriendo como alma que lleva el Diablo, a través de las intrincadas calles, Más allá del Mar. Tras ella quedaban el crepitar del fuego y el calor del hogar, pero no tenía miedo. Y se internó entre los oscuros callejones sin advertir a su espalda la sombra, más oscura que la noche, que la perseguía.

I

Las furia del Mar embestía aquella noche contra las escarpadas paredes de fría piedra, torturadas por los siglos y la sal, a la luz de la primera Luna del Invierno.

Las nieves cubrían ya las llanuras y los bosques, agolpándose sobre las hijas de las hayas viejas y acariciando dulcemente las lágrimas del Sauce.

Las hogueras y las risas crepitaban al fragor de las llamas y las canciones, bullendo en la lejanía, iluminando suavemente las playas cubiertas de blanco donde las olas iban a morir.

Y no la vi cuando llegó.

Tenía la mirada perdida en aquellos abismos de agua y oscuridad inexpugnables que llaman Océano.

Y soñaba despierto.

Con unos dulces ojos del color de la miel.

Con una melena rubia como el Sol.

Con una risa burbujeante.

Debió llegar del Este, caminando, desclaza, entre las nieves. Su melena ondeando al Viento, herida por la luz de las estrellas, entre la frialdad de las hojas caídas.

Así lo he imaginado todo este tiempo.

Aquella muchacha que había salido de la nada tampoco me vio.

Posiblemente su mente se hallaba, como la mía, en otro lugar, soñando.

Quizá con unos ojos verdes.

Quizá con unos rizos negros como la noche.

Quizá con una sonrisa de ensueño.

Pero en el justo instante en que posé la mirada sobre sus ojos de plata pura, aquella chica dio media vuelta y echó a correr endiabladamente por el camino que había venido.

Sin embargo, al mirarla, descubrí un dolor tan crudo y aterrador en lo más profundo de sus pupilas que no pude hacer otra cosa a parte de correr tras ella.

Su agonía penetró lentamente hasta el rincón más profundo y perdido de mi ser, y cuando me miró, noté como una lágrima se deslizaba por mi mejilla hasta fundirse con los copos de nieve.

Quizá fue por aquella lágrima.

No lo sé.

Y temblando, pálida sobre las pálidas nieves, se echó a llorar.

Sus lágrimas caían una tras otra como diminutas gemas cristalinas de sus preciosos ojos grises, dejando tras de sí tenues regueros irisados sobre el terciopelo de su piel.

Y yo, tiritando, de frío y de tristeza, la envolví con mis brazos.

Ella enterró sus lágrimas en mi maraña de pelo castaño a la vez que me abrazaba , y poco a poco fue cayendo dormida, en mis brazos, bajo el Sauce.

Y, mientras acariciaba suavemente su melena titilante a la luz de las lejanas hogueras, sucumbí yo mismo al sueño entre los suyos.

El chico me abraza, ronroneando, alegre, eufórico. Su risa burbujea en mis oídos y me hace sonreír.

Acabamos, no sé cómo, rodando por la hierba fresca en un juego infantil, como dos gatos, una maraña de pelo rubio y castaño, entre carcajadas y caricias.

Jadeando, se acurruca encima de mí y apoya la cabeza en mi pecho, y, mientras acaricio suavemente su melena, ambos caemos lentamente en un profundo sueño

Y para cuando desperté, aquella chica misteriosa ya no estaba allí.

Y la busqué.

La busqué entre la gente y las sombras, en los susurros, en las miradas.

Pero no la encontré.

Pregunté a mis amigos, a la gente que frecuenta puertos y tabernas y a los que chismean en las esquinas de las calles.

Nadie sabía nada.

Y, cuando ya estaba completamente seguro de que todo aquello no había sido más que un sueño, la encontré.

En realidad, ella me encontró a mí.

Aquella noche cenábamos, como siempre, en la posada de Valeria, el sitio donde puedes encontrar a los mejores bardos y los mejores poetas de la ciudad o a los más borrachos, todo dependiendo de a la hora que vayas.

Y nuestra querida amiga y posadera tenía algo que contarnos: aquella muchacha estaba sentada en la mesa que siempre había sido nuestra.

Pero no parecía ella.

El dolor de sus ojos había desaparecido.

La miré extrañado, y ella me devolvió una educada sonrisa. Como si me hubiese olvidado.

– Amigos– dijo Valeria–, esta es Diana.

La noche transcurrió como todas las noches, entre risas, copas y amistad. Pero yo solo estaba observándola, y en su semblante no descubrí rastro alguno de la muchacha que me había encontrado entre las nieves.

Su voz era suave y tranquila, pero había algo extraño en ella, algo forzado.

Y yo no sabía muy bien que pensar, a qué atenerme.

Me presenté y tuvimos una conversación amigable y quizá hasta formal. Solo descubrí que el motivo de su llegada a Even era viajar por placer, y esquivó toda información personal que yo

hubiese deseado conocer.

Aquella noche llegué a mi casa con más preguntas de las que me habían rondado por la cabeza durante esa larguísima semana.

Y no podía parar de pensar en lo misteriosa que era aquella muchacha.

– Te noto nervioso– me mira fijamente con esos ojos en los que podría bucear hasta el fin del mundo.

Hoy soy yo quien está acurrucado en sus rodillas, y él quien me acaricia suavemente en aquel sueño de noche eterna.

– He conocido a alguien... Ha sido un poco extraño– contesto, dubitando.

– Ah, me tenías preocupado– dice dándome un pequeño beso en la frente– pensé que te había pasado algo.

De repente, siento como si se me fuese a salir el corazón del pecho.

Ério se ríe.

– ¿Qué pasa? Te has puesto rojo...

Me sigue acariciando, y yo soy incapaz de decir o hacer nada. Es como si una descarga eléctrica recorriese todo mi cuerpo cada vez que me acaricia. No puedo apartar la mirada de sus labios.

¿Qué me pasa?

Noto como su voz se empieza a desvanecer en la lejanía...

Desperté de súbito, en mitad de la noche, entre sudor y un lío de sábanas.

Todavía notaba sus labios en mi piel, haciéndome cosquillas.

Y cada noche me desoertaba en mitad de la oscuridad, con el pulso acelerado y sudando entre las sábanas.

No sabía muy bien por qué, pero cada vez que le veía, me estremecía, y no podía dejar devorar sus facciones en mis sueños.

Dormía poco, y para cuando llegó la Primavera, debajo de mis ojos se habían aposentado un par de preciosas y negras ojeras.

Me quedaba dormido en cualquier sitio: comiendo, escribiendo, con mis amigos...

Aquel día iba paseando por la calle, si a dar tumbos de un lado a otro sin un rumbo fijo se le puede llamar pasear.

Parece ser que en algún lugar de mi camino incierto hacia la nada, me dormí.

De pie.

Desperté varias horas después el Sauce que hay en el acantilado. Sobre mí vi unos ojoa grises que me observaban con preocupación.

– Por fin te has despertado– dijo Diana– ¿Estás bien?

Me llevé la mano a la sien y noté un fuerte dolor.

– ¿Qué ha pasado?– pregunté.

– No lo sé. Te encontré tirado en el suelo...¿Te han robado?

La miré realmente extrañado.

– Aquí no roban...– contesté– Creo que me he quedado dormido– noté como me sonrojaba casi de inmediato.

Su expresión preocupada se tornó en incredulidad.

– ¿En serio? ¿Así en el sitio?– parecía que no se podía aguantar las risas.

– ¿De qué te ríes?– me hice el digno.

No pudo más. Las carcajadas resonaron, tintineantes en las paredes del acantilado, y cuando me quise dar cuenta yo estaba riendo a pleno pulmón.

– ¿Eres narcoléptico o algo?– se burló entre risas.

– Oye, no es tan gracioso– me quejé– Llevo un mes sin poder dormir bien.

Y para mi sorpresa, se calló de súbito.

– ¿Pesadillas?– preguntó muy seria.

Yo pensé en mis sueños y enrojecí, pues no eran precisamente pesadillas.

– No...– contesté nervioso– Pero no consigo conciliar el sueño. Pienso demasiado– mentí, aunque había parte de verdad en ello.

Me miraba con aquellos ojos grises, todavía preocupada.

– ¿Por qué me has traído aquí?– rompí el silencio.

– No te podía dejar tirado en el suelo...– desvió la mirada.

Yo sonreí.

– Gracias.

Sus ojos grises brillaban a la luz del mediodía, y mientras el Viento del mar hacía una maraña de nuestras melenas, vi la gratitud, como un copo de nieve, en el fondo de sus pupilas.

Disfrutamos en silencio de aquella mañana de invierno.

No cruzamos muchas palabras, pero charlamos mientras volvíamos a la ciudad, sobre nuestros amigos en común.

La verdad es que, en aquel momento, me daba igual el tema de la conversación. Mi mirada fluía entre sus labios y sus ojos, y a cada ondulación de su voz se me erizaba el pelo de la nuca.

Me sentía seguro con ella, e increíblemente a gusto.

Casi como en mis sueños.

Finalmente llegamos a aquella plaza que guarda tantos recuerdos, donde la torre de blanco y plata, como nacida de la propia colina se alza a merced del Viento.

Allí se separaban, por ahora, nuestros caminos.

Los escalofríos me recorren de arriba a abajo con cada caricia.

Solo puedo ver sus ojos dorados sobre los míos.

El corazón me late desbocado, y me siento totalmente relajado bajo el cielo estrellado.

//

Era un día precioso de Primavera.

Los campos brillaban, de oro rojo y plata verde, de azul, de blanco y de púrpura, y el metal de las flores tintineaba al suave vaivén de la brisa de la mañana.

Salimos temprano de la Ciudad hacia los Bosques, como siempre, a acampar bajo las estrellas.

En el aire por fin flotaba algo más que el olor de la frío y húmedo de la nieve, y la felicidad se respiraba en el ambiente.

Yo me sentía volar sobre el césped y las llanuras mientras andabamos. Era quizá más feliz que nunca.

El chico más precioso del mundo había pasado la noche entre mis brazos mientras le mimaba acariciando aquella melena como el Sol, cada vez más y más larga y contándole cuentos al oído.

Le dije cuánto le había hechado de menos.

Lo único que había anhelado durante aquellas semanas era tenerle entre mis brazos.

Mientras caminábamos, ya por entre los árboles y la floresta, me sumergí en el recuerdo, todavía vivo, de la noche anterior.

Absorto en aquellos deliciosos recuerdos, no me percaté de la chica bajita que se acercó a mi lado.

Era risueña, alegre y alocada.

Como un duende.

De hecho, para mí siempre ha sido un duende.

– ¿Qué haces?– preguntó Íride con su vocecita, sobresaltándome– ¿Por qué estás solo?

– Estaba pensando...

– ¿En qué?– me cortó sin dejarme terminar.

Habría dado excusas a cualquiera, pero su sonrisa era enorme, y yo sabía que no tenía por qué ocultarle nada.

– Anoche tuve un sueño genial– constesté, casi con un suspiro.

Ellá debió notar algo, porque me miró, pícara, y preguntó:

– ¿Ah, sí? ¿Con alguien?– vaciló– ¿No sería con la chica nueva?– susurró.

Me puse rojo.

– No... No era con ella.

– Entonces era con alguien...– me pinchó– Venga, dímelo– dijo haciendo pucheros y poniendo voz de niña pequeña.

– Vale– consentí. Se podía pasar así horas– Era un chico, y le contaba un cuento.

Ella me miró, como esperando algo más.

– ¿Y ya? Pues que sueño más raro, chico...

Caminamos un rato en silencio, mientras las hojas verdes se cerraban cada vez más sobre nosotros, oscureciendo los rayos del Sol.

El resto del grupo iba un poco más adelante, riendo a la vez que discutían, felices como siempre.

Las carcajadas retumbaban entre los árboles, todavía jóvenes, sin problemas, como si todo fuese un juego.

– ¿Te acuerdas del cuento?– susurró Íride

La miré intentando descifrar si lo decía de verdad o solo era un broma.

– En serio. Hace mucho tiempo que no me cuentan un cuento...- desvió la mirada.

– Sí que me acuerdo...

Hubo una vez, hace mucho tiempo, un rey justo y sabio que era querido por su pueblo y había llevado el reino a la prosperidad.

Está allí, sus piernas se balancean al borde del acantilado. Su preciosa melena parece brillar, y ondea, como viva en la brisa de la noche.

El Rey, cuyo nombre se ha perdido ya en la bruma de los tiempos, paseaba in día por estos mismos bosques, buscando la paz y la tranquilidad que le alejasen del arduo gobierno de sus tierras.

Me acerco. Entonces lo oigo. Está llorando. Las lágrimas caen, como gotas de plata, dejando un reguero en sus mejillas.

Cuando ya se disponía a marchar, el Rey se topó en la floresta con la mujer más bella que había visto hasta entonces.

_Está devastado. No me ve. Le rodeo desde detrás con mis brazos, suavemente. <

<estoy aquí="">> susurro.

—

Su melena era blanca como la luz de la Luna, su piel brillante y clara como las estrellas.

Me abraza, casi tirándome al suelo. Noto como las lágrimas acarician suavemente mi hombro. Y me rindo.

Dicen que sus labios eran como la escarcha, y sus ojos de un violeta suave y penetrante. Y el rey cayó profundamente enamorado de ella.

Estamos tumbados en la hierba mullida. Su cabeza reposa sobre mi pecho. Ha parado de llorar y está abrazado a mí, muy fuerte, mientras yo acaricio sus mechones de pelo rubio, esperando a que se calme.

Y allí mis mo el noble rey, postrado ante sus pies, le pidió matrimonio, sin saberlo, a la mismísima Reina de las Hadas.

Y Alia respondió en la lengua más antigua del mundo, que ya nadie recuerda.

_<

<cuéntame un="" cuento="">> dice Ério, levantando suavemente su cabecita para mirarme. Sus ojos ambarinos brillan bajo la luz de las estrellas, anegados de lágrimas, tristes, casi rogando.

—

Sonríó.

Me inclino hacia él y le acaricio la mejilla, limpiando la última de sus preciosas lágrimas.

Y susurro en su oído, mientras lo siento, abrazado sobre mí, mis dedos jugando entre sus bucles, mis labios acariciando su oreja.

<<Érase una vez un príncipe que nació una noche de Luna llena:

>>Sus cabellos de plata brillaban, heridos por la luz de la primera estrella, y sus ojos eran negros como el azabache, recorridos por vetas de acero, como venas.

El corazón me late muy fuerte, y cada caricia que le hago me hace estremecer a mí mismo.

>>Sus mejillas rosadas, y su piel de nieve centelleaban aquella primera noche.

Pero el buen Rey, enloquecido de celos, pues su hijo era sin duda el ser más bello que había visto el mundo hasta entonces, mandó encerrarlo en una torre muy alta, de cristal blanco y puro.

Me quedo contemplando la escena deliciosa ante mis ojos. Por fin se ha calmado, y las lágrimas han dejado de brotar de sus ojos.

Están clavados en los míos, esos orbes de miel y ámbar, y esos labios de escarcha.

Es precioso. El ser más hermoso que ha existido jamás.

>>El niño creció, siempre asustado, siempre llorando.

>>Nadie le quería.

Me mira, aterrado.

Y un día, cuando ya habían pasado muchos años, el chico estaba asomado a la ventana cuando vio llegar a una muchacha.

Aquel niño no había visto nunca a otra persona que no fuese su reflejo, y se sorprendió al observar la melena, negra como el carbón, ondeando al Viento.

Ella, sin notarle, tomó su lira de siete cuerdas y cantó.

Su canción se ha perdido ya entre las nieblas de la memoria de las gentes del mundo, pero la voz de aquella chica era la más bella que el principito hubiese escuchado jamás.

Y empezó a sentir cosas que jamás había sentido.

Su corazón empezó a latir muy deprisa.

Sus mejillas se encendieron.

Su respiración se agitó.

Aquel niño se había enamorado de la chica que cantaba en el bosque.

Pero él no sabía lo que era el amor.

Y, asustado, rompió a llorar.

Y, antes de que la muchacha pudiera decir una palabra, se escondió en la pequeña cama de cristal y seda, bajo una manta blanca que con suerte le cubriría entero.

Pero la chica lo había visto, y había quedado prendada de él.

Y cantó. Cantó una canción que nadie ha escuchado nunca a parte de ellos dos.

Cantó mientras el sol moría en los mares, y siguió cantando mientras salían las estrellas.

Él despertó por fin, sin miedo.

Y bajó de la torre, saltando por la ventana.

Y se encontraron, descalzos sobre la nieve junto al mar.

Y entonces, en un susurro, la princesa nombró al niño sin nombre:

—<

<aël, te="" amo=""></aël,>

—

Y lo besó

Me mira, los ojos como platos. Sus mejillas están muy rojas, y las lágrimas corren por sus mejillas.

Me abraza, y sus labios, tan solo un instante, rozan suavemente mi cuello.

Y, en el silencio de la noche, me llena una sensación de plenitud, y un escalofrío.

Pronto llegamos al claro que llevábamos buscando la mayor parte de la mañana.

Entre la maraña de árboles se habría un parche de cielo azul resplandeciente. El aire estaba cargado del perfume refrescante de la mena y el saúco.

Aquel calro estaba cubierto de césped, el más mullido y suave, y de flores doradas y de plata.

Empezamos a preparar el campamento: un hoyo para la hoguera, una tienda grande y alta, las cazuelas, las jarras, el olor delicioso a chocolate y una mesita baja que alguien había conseguido traer.

Y así, el claro cobró vida, las risas resonando entre los viejos troncos y las ramas, la alegría y la felicidad vibrantes en el ambiente de principios de la Primavera, la amistad y la inocencia. Bendita inocencia que flota allí donde quiera que haya niños.

Pasamos la comida y la tarde entre juegos y charlas sin sentido, disfrutando de la compañía, explorando el bosque.

Aquella fue uno de los días más brillantes de la Primavera, feliz, genial.

Tras un ocaso que tiñó de sangre las copas de los árboles, la Luna se alzó sobre nosotros en el cielo.

La hoguera resplandecía, crepitando en el centro de aquel claro, desterradas las sobras al resto del bosque.

Cantamos esas canciones tan antiguas que nadie ya recuerda al autor a la luz del fuego, y contamos historias. Bebimos chocolate y nos acurrucamos junto al fuego.

Poco a poco mis amigos se fueron durmiendo, y yo me alejé solo, más allá de las llamas, entre la penumbra de las ramas y las estrellas del cielo.

Escuché los pasos de alguien que se acercaba.

Estaba tumbado boca arriba, contemplando el firmamento plagado de incontables estrellas de plata.

Hacía ya rato que la Luna había desaparecido cuando su melena casi blanca cayó a mi lado,

sobre las suaves briznas de césped y los tréboles, en silencio.

La suave brisa de primavera se colaba entre las hojas negras en la noche, de los árboles, susurrante y dulce, acariciando mi nariz. Las voces de mis amigos se habían apagado ya, y no quedaban más que unas pocas brasas al rojo de la crepitante hoguera.

El olor a chocolate flotaba en el aire, y podía oír el suave vaivén de la respiración de Diana a mi lado.

No dijo nada, y yo luché en vano para no mirarla.

Y, aunque lo intenté, cuando aparté la mirada de las estrellas, no pude arrepentirme.

Era preciosa.

Solo en mis sueños había visto alguien que le pudiese hacer frente.

Su belleza era tal aquella noche que casi me asusté.

Me sumergí sin poder evitarlo en lo más profundo de sus ojos, y no podría decir si estuve instantes u horas observándola.

El corazón me empezó a latir desbocado, la respiración entrecortada, y sentí aparecer la sonrisa en mis labios, las lágrimas agolparse en mis ojos, la opresión en el pecho, las palabras en mi lengua, las imágenes sucediéndose una tras otra en mi mente y los escalofríos recorriéndome de arriba a abajo.

La luz argéntea de las estrellas la bañaba por completo, arrancando detalles de sus melenas como briznas de luz de Luna. Su piel reflejaba, aquella luz etérea y tenue, aquel resplandor mágico que tuve la suerte de contemplar una noche de Primavera.

Y me miraba con aquellos ojos grises que todavía veo si cierro los míos.

Amables.

Acogedores.

Y un poco tristes.

Bajo ellos se advertía la audacia y la inteligencia de alguien cultivado, y me atraían intensamente.

Recuerdo haber pensado que Diana parecía, entre las nieblas de la Primavera, un hada del Otro Mundo.

Ahora sé que no estaba tan lejos de la realidad.

– Tengo suerte de estar aquí.

Lo dijo en un susurro tan suave que parecía un pensamiento.

Pero sus ojos estaban clavados en los míos, y no pude evitar estremecerme de placer, con la piel de gallina, al escucharlo, mientras contembplaba, casi hipnotizado, cómo se movían sus labios al formar las palabras.

Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándola fijamente. Sus ojos parecían preguntar sutilmente <<¿Por qué me miras?>>.

Me puse terriblemente nervioso, y como siempre, mi mente empezó a considerar e imaginar una multiplicidad abrumadora de escenarios, a cada cual peor, en los que Diana se enfadaba al darse cuenta (cosa que sin duda ya había hecho) de que la miraba.

E hice lo que podía esperarse de un niño, lo que en el fondo me considero: me fingí, de sopetón, dormido.

Debo decir que siempre me he sentido especialmente de mi técnica maestra a la hora de hacerme

el dormido.

Pero antes de dormirme realmente, viví una de las experiencias que recuerdo con más cariño de mi infancia.

Diana susurraba suavemente en la noche, quizá cantaba, y las ondulaciones leves de su voz me estremecían sobre la hierba.

Pero los verdaderos escalofríos y descargas de placer por todo mi cuerpo comenzaron cuando ella empezó a acariciar mi melena suavemente, sin prisa, recorriendo con sus dedos de porcelana mis mechones cobrizos a la luz de las estrellas.

Noté como me arropaba y seguía acariciándome dulcemente como nadie nunca había hecho.

Y lentamente, fui cayendo dormido entre sus brazos.

Cuando el Alba despuntó sobre las hojas verdes a la mañana siguiente y contemplé aquella maraña casi de plata hilvanada relucir al amanecer, cuando vi la sonrisa en sus labios de escarcha, lo supe.

Viene corriendo hacia mí desde el acantilado, sus lágrimas arrancan destellos a las estrellas y sus sollozos me parten el alma y me torturan como mis más negras pesadillas.

Lo abrazo, y siento su llanto en mi hombro, sus brazos temblando entre los míos, su cuerpo estremeciéndose de miedo, y sus labios, aterrorizados, sobre mi cuello.

Recorro con mis dedos sus bucles dorados, sin hablar, y beso sus lágrimas mientras caen en silencio.

Y así, adorándolo poco a poco, va quedándose dormido.

Y descubro bajo los bucles y las mangas el rojo y el negro de los golpes.

Desperté gritando.

Estaba furioso.

Noté algo húmedo sobre mis mejillas.

Aquella noche lloré como nunca, hasta que se me secaron los ojos y la ira me volvió a embargar.

Grité, maldecí, y deseé lo peor a quienquiera que hubiese herido así al chico de mis sueños.

Y me quedé dormido entre mis lágrimas mientras las llamas del odio me consumían.

– Creo que me estoy enamorando– digo, casi susurrando entre sus brazos.

Él me abraza suavemente bajo la luz de las estrellas que hace brillar su piel.

– ¿Quién?– pregunta suavemente mientras me acaricia.

– Ella...

– ¿Ella?

– Sí.

– ¿Por qué?

– No lo sé. Pero cada vez que la miro, siento como si se parara el mundo– susurro, 'más para mí que para aquel chico deslumbrante.

Y, lentamente, el sopor se apodera de mí, mientras un estremecimiento de placer me recorre cada vez que su mano me acaricia la melena.

Sentí otra vez los golpes en la puerta.

Escuché otra vez los gritos en la calle.

No iba a salir.

Había visto aquella mirada traicionada en sus ojos, Aquel recuerdo de una noche bajo las estrellas, suando el mundo estaba cubierto de nieve.

El dolor.

Pero alguien apareció, extrañamente en mi ventana.

Era de noche y la Luna arrancaba destellos plateados a su melena rubia.

Me miró con aquellos ojos de plata que me hechizaron desde la primera vez que los vi, y habló:

– Tenía ganas de verte. No contestas. No sales. Nadie sabe nada de ti.

La observé, todavía preguntandome cómo había podido subir hasta allí, sin palabras y sin realmente saber qué hacer.

Quería huir.

Mi instinto martilleaba, incitándome a levantarme de la cama lo más rápido posible.

Y correr lejos.

Pero cuando lo intenté, las piernas me fallaron.

Y, antes incluso de que pudiese caer, ella me tomó con sus brazos.

– ¿Estás bien?– noté la preocupación en su voz.

Nos sentamos en la cama, entre mis sábanas revueltas a la luz de las estrellas que se colaba por aquella pequeña ventana,

– Estoy preocupada por ti, Febo– susurró– Necesitaba hablar contigo.

La suavidad de su voz me hizo estremecer, y noté cómo la tristeza me inundaba.

} ¿Qué te pasa? Hace varias semanas que no sales de tu casa, que no hablas con nadie. No estás bien.

La miré fijamente. Su expresión era una mezcla entre preocupación y ternura.

Y no sé por qué mentí.

– Estoy bien. No te preocupes. Solo he estado cansado, eso es todo.

Y de alguna manera, la conversación derivó en una charla amigable.

Hablamos de todo y de nada, de viajes, de expectativas, del futuro... En realidad, le dejé hablar mientras yo escuchaba.

Y cuando la Luna hubo desaparecido del cielo, se marchó como había venido, y contemplé su piel brillando bajo las estrellas mientras se alejaba en la oscuridad de la Ciudad Blanca.

No fui capaz de darle las gracias.

No fui capaz de pedirle el abrazo que necesitaba.

Solo mentí, hasta que la Noche y el Silencio me volvieron a reclamar entre las sábanas.

A White Rose

Title: **A White Rose** Credit: Written by Author: Aerion Arkánriel Source: Stories of Even Draft date: 26/05/2018

INTROITO

PHOEBUS, SEVERUS, ÉRIO, THE FAIRY, IRIDE, ANDREA

SCENE I

EXT. LOCUS AMOENUS - DAY

! ÉRIO and PHOEBUS are placidly resting on the grass. It is Spring and the air feels sweet and ethereal, like being in a dream. There are beautiful and colourful flowers growing from the green ground. There is a great, ancient willow at the top of a little hill. A white rose bush grows around its trunk.

The sun is at its zenith and the light rays come from the left.

/

! PHOEBUS, smiling, lets out a gasp. He stands and sits beside ÉRIO

PHOEBUS Oh, Éri... This place is simply perfect! Dost not 'ou feel like 'ou were in a dream? The Sun so warm, the air so clean, far away from the urban reckless life...

He rests his back on the soft grass, with a sad expression across his face

PHOEBUS Alas! Why cannot I stay here? Why have I duties to attend? Why must I go away? I fear every time I had left that I never saw 'ee, my dear, nor return to this world I always dreamt. (He breaks in tears) Why have I to return there?

! ÉRIO Looks right into PHOEBUS' soaked eyes, tenderly, caring and serous. Hugs him and pets lightly his head

ÉRIO Don't worry, dear, don't cry, don't let those tears fly to ruin this moment. For 'ou knowst 'ou must descend from this place of lust and joy to face the reckless real world... And that is not thy fault the place where 'ou were born, I'll wait for 'ee, I'll dream alone, and thus, for me, 'ou willt never be really gone. (Kisses his head lightly)

PHOEBUS' eyes are wet. He looks up weeping the tears away.

PHOEBUS (His voice is cracked from crying) I know and I trust 'ee with my life, but I am here, in the air this ease, this sweet breeze, this lovely peace... The term pends over my head like a knife, when the Sun rises I will turn eighteen, and seven years and seven and three more sum, indeed, seventeen years old! To the fate, remember, I made a plea, to live a story, to find my love with seventeen! I asked a wish and she nothing but a dream that I will never with my eyes see. And the only thing I care about now, I feel it's about to flee! Why I cannot stay here, sitting to rest with 'ee, whispering nothings in thy ear, beside this old ancient tree?

! ÉRIO stares right into PHOEBUS' eyes.

ÉRIO (Very close to PHOEBUS' face, with determination) Dear, we cannot stay forever 'cause there's time, and time flows and thus shall be... Though, we still have a while... Thou sayst that thou asked for love, and for a story as well, and now I ask to thee: Isn't thy life that story? Isn't that love thy dream? Tell me, loved darling, If thou hurtst me, do I not weep? Tell me, sweet sleepy head, If thou priksts me, do I not bleed? I am as real as thy bestest friend, I am as real as the air thou breathest, Why, if not, dost thou fell weary after a night of sleep when the Moon is full at thy sky?

! ÉRIO Caresses PHOEBUS' cheek, tenderly and soft, and approaches very slow to his face.

ÉRIO (Whispering) This I feel I know is real, this I feel burns painig my chest, this I feel is love, my dear, for I'm thy princess, and this thy story: of how a boy fell in love with the princess

he once dreamt...

Their noses touch briefly. ÉRIO tilts the head, while caressing gently PHOEBUS' cheek. Their eyes are locked, sunk and lost in the depth of their minds, their faces, red, the heat spreads from their cheeks.

ÉRIO (In the softest whisper) Can I?

! PHOEBUS nods so lightly. ÉRIO kisses very softly and briefly PHOEBUS' lips, and pulls back with a bright smile across the face, resting the head on his shoulder.

ÉRIO 'Ou knowst what they say, my friend, *Carpe Diem*, seize the day, as if it were the last we met...

PHOEBUS (His face is the mask of pain) And why, oh God!, I have to realize now that 'ou art all I've ever loved? I had to realize now, in this awful last time, when we both are about to leave, 'ou were the one who to my fears gave light, 'ou art the one who hugged me to cry, 'ou art the one who I fell for, even in dreams... 'Ou art my soul, the wish I once wished.

ÉRIO (Hugging PHOEBUS) Cry, my lover, don't hold back 'y tears, for it is the last time, the last night we share. Don't think in future, just stay and hear, just hug me and weep my cry, until the sunset we'll be here. Until then, my prince, stay beside, hold back my greatest fears...

! PHOEBUS Hugs ÉRIO back, and they stay for a while.

PHOEBUS (Dreamingly and softly) I wish... I wish I were always here...

ÉRIO (Whispering in his ear) Then leave across thy world, abandon thy duties, start a journey, my love, to find me in flesh and bone.

LIGHTS OFF

SCENE II

INT. PHOEBUS' BEDROOM - DAY

! PHOEBUS is sleeping in his bed, mumbles and turns in the bed as if he were having a nightmare.

//

PHOEBUS (Wakes up, shouting) Ério! Oh, where hast 'ou gone, my friend, my love...

There is a paper sheet on the ground, a white rose beside.

PHOEBUS A letter? (Reading out aloud) Phoebus, my dear friend and my soulmate love, the cursed day has come, thy fate is done. Cross the mountains, the paths craved in hard stone, be adventurous, seize the day, find thy love! Remember me, carry this white rose...

! PHOEBUS breaks in a hurry and takes from the wardrobes what is needed for a long trip.

Exit PHOEBUS

LIGHTS OF

SCENE III

EXT. PIACENZA, A PUBLIC PLACE - DAY

Piacenza, a public place. The gothic palazzo della Signoria stands ominously in the background, watching over the citizens. PHOEBUS is next to the monument of someone dead. The sun is setting.

PHOEBUS (Solemn, the hand in the monument.) I must flee, my good friend For there is

nothing left, Nor good in this awful land.

My dreams are gone. Some friends are dead. The rest, I do not care.

I waited a long time, eighteen years for my love. And all this time, was beside.

So fare thee well, and rest in peace, my good friend.

IV

Enter SEVERUS

SEVERUS (With lust and joy.) Good day to thee, my friend! May thou tellst me, what art thou doing there, with the hand on the tomb of the one who left us alone, in the day thou turnst eighteen?

PHOEBUS (To SEVERUS, serious) I may, and I will tell to thee what I'm doing here: I depart Severus, I must leave, for never I will come back again.

SEVERUS (Surprised) And may I ask the reason of thy hurried depart? Art thou going to other land?

Tell me, my friend, why thou leave like he left? Will I be the only one remaining here?

Tell me, my friend, for the love of our God, why thou leavest, and when and where?

PHOEBUS (Serious) I must leave, Severus, for this is not my place, for I have waited for so long, for my love, for a story, for my fate.

And I never noticed it was there

Thou ask for when and where, to thee I contest:

I leave, I flee nowhere, wherever my love has gone, wherever the stories are made. ! PHOEBUS starts wandering to the corner of the stage.

PHOEBUS And when? I have already left

Exit PHOEBUS

SEVERUS (Shouting) Will I see you again?

PHOEBUS (V.O, ethereal and prophetic) Remember, Sev:

Far over, in a time that has not come, Away, through the mountains, Under the Moon fair, Beyond the mists of time, We will meet again.

Fare thee well until then!

V

SEVERUS (Sad) Fare thee well, my old loved friend.

Exit Severus

LIGHTS OFF

Scene IV

EXT. THE PAHT TO THE MOUNTAINS - NIGHT

A ray of light shines on a drop of dew, that stands softly on a leaf swung by the night's breeze.

A windblow moves slightly the limbs of an august willow, that seems to weep tears of emerald over THE FAIR LADY resting on its trunk. THE FAIR LAFY, with ethereal expression stares the stars with her orbs as deep as the ocean, waiting the one who must arrive.

At her feet, a profound forest spreads the hard ground with a dark green of herbs and leaves. A

creek of liquid silver flows below the palid moonlight through the woods.

A path, more a groove, runs near to the water clear, guiding a young man, PHOEBUS, in a cape.
The prints of the wanderer vanish in the distance, where crystal towers and glass houses stand on the mountain, lighting the world taking away it from shadow.

The World, tranquil, sleeps calmly, the waves go to die to the cliffs.

The Moon is rising in the sound of silence.

VI

! PHOEBUS arrives at the Willow's feet, a solemn and slow peace in his walk.

PHOEBUS Oh, is there God above? Is it true that feeling they call love? Why, oh angels, if it is so, mine, my soulmate, my love, has left me alone?

Am I cursed, am I a fool? Will I ever know how it is the feeling of waking up next to the loved being softly caressing my locks?

Oh God, if there is one, oh, winds, if there is not, to thee I pray, let me find my long lost love!

He sits exhausted.

THE FAIR LADY appears from behind the willow

THE FAIR LADY (Faerial) By your lament I came, oh, noble lord, by your lament sent me God.

PHOEBUS (Frightened) Who are ye, my lady, may I ask? And why are ye here? Why sent you God, what's your task?

THE FAIR LADY I am this land's seventh chord, I am the Faery of this land, I am the one whose sword

Ruleth the fates of man and the one who bloweth the wind. Now salute me, hold my hand!
(Extends her hand.)

PHOEBUS (Hesitating.) Not before ye tell me what do ye want, for what I know, Ye could be a demon, and rip my soul apart.

THE FAIR LADY (Commanding.) Come forth, you fool, blind! Behold my eyes and see! Ye could any evil find!

PHOEBUS Then tell me now, before our contract is done, what will be my vow?

THE FAIR LADY Ye spoke to God a plea, ye asked for your love, for ye said your love cannot be seen.

Now ye must to God prove that what ye have said is in fact and totally true.

So, tell me your story, and I'll lead where your love waits in His glory.

PHOEBUS (Determined.) Then, hear how my life I played, hear my story, hear the fate that I did not see until it was too late.

PHOEBUS takes the FAIR LADY's hand.

EXEUNT <

ACT I: A FRINDSHIP BEGINS <

ACT I: A FRIENDSHIP BEGINS

SEVERUS, PHOEBUS, AULUS, ANDREA, IRIDE, MICHAELLA, VALERIA, LUCA,

SCENE I

EXT. OUTER FIELDS - DAY

The fields outside the walls of Piacenza, a group of kids -PHOEBUS, SEVERUS, ANDREA and AULUS- is playing. SEVERUS wears a monster mask, and they seem like having fun. There are some trees and near a tiny river, crossed by a bridge.

/

PHOEBUS (Laughing and running) Dare to catch me, ugly monster, thou seemst like a monk in his cloister: fat, slow and drunk when he prays a paternoster!

AULUS (With fear) If it touch me, I swear I will faint right here

He climbs up a tree.

AULUS Andrea, my dear, send that monster a dare!

ANDREA Yo! Ugly monster! For my honour, take that glove that I've thrown!

SEVERUS (With a sort of monster voice) I do as you see

Pretends to catch the glove, but takes ANDREA'S sleeve.

SEVERUS Oh, fool! Now, the monster you will be!

PHOEBUS (To AULUS) My princess of skin fair, take my hand, come, far away from this damned, unholy lair!

! AULUS takes PHOEBUS' hand. He pulls and they fall into the water of the river.

AULUS (Surprised) Traitor! Thou threw me into the river

PHOEBUS You know lady that is funnier—

ANDREA —to be a monster, indeed—

SEVERUS —and to sink the looser very deep!

PHOEBUS To the water, my friends! Don't quiver!

They jump to the water and play for a while. They exit the river and sit under the tree near the river, exhausted and panting. SEVERUS looks worried.

SEVERUS (Serious) And ye, my friend, what would ye do, when ye reach seven and three years more? What will ye do when men we will be called?

! PHOEBUS lies back on the grass

PHOEBUS (Thinking) I do not know, I've never asked myself before... (To AULUS) And thou, Aul, hast thou thought anysime?

AULUS (Excited) Yes, I do. I will find my love, while sailing overseas on a great pirate boat!

ANDREA (Chuckling) What a dream, my friend!

AULUS (Annoyed) Dost thou not believe my word?

ANDREA I've never said so!

AULUS (Ironic) Then what would ye do, my lord?

ANDREA (Excited) I'll be the strongest' and gentlest knight in this land, and I'll marry a princess, a true one!

Takes a branch as if it were a sword and does silly things.

AULUS (Apart) What a fool!

ANDREA What?

AULUS It is so cool!

PHOEBUS (A bit down) And thou, Sev what wilt thou do?

SEVERUS I do not know... I'll be banker after my father's death... Or so I thought...

He tilts his head low, as if he were troubled.

ANDREA (Worried) What's the matter, Sev? What troubles thy head?

! SEVERUS starts crying

SEVERUS (Sobbing) My father has a mortal debt, that could, indeed, mean his death: if he loses his last ship, if he by any reason cannot pay, then he is condemned to die, and I'll be sold as slave...

AULUS (Horrorized) That cannot be!

SEVERUS How I wish some to save me!

//

Enter THE FATE ! THE FATE comes slowly from the corner of the stage, wearing an old weary coat. The kids haven't noticed her.

PHOEBUS (To SEVERUS) My friend, don't cry! When is the contract's deadline? How much he have to pay?

SEVERUS (Crying constantly) A million florins is it, and only three years rest!

ANDREA Do not worry, my friend! For there'd be something we could do!

AULUS Come here, my friend, I'm sure that thou needst rest, isn't it true? (To ANDREA) Andrea, would thou go to my house? Bring him some bread and some fruit!

ANDREA nods and *Exit*

! THE FATE has already come to the tree, and she seems majestic and powerful.

THE FATE (With voice profound) Oh, ye children, help please a wanderer lost! Could ye say me, where is the city door?

! PHOEBUS points beyond the bridge to the corner of the stage

PHOEBUS Of course my lady, there ye shall go! But, madam, could ye help a troubled young?

THE FATE For sure! What is the matter, young lord?

PHOEBUS Our friend is now a soul lost in the realms of grief and doom. We don't now how to give him comfort!

THE FATE (To SEVERUS) What is it boy, why dost thou weep? Take this white rose and make a wish.

! SEVERUS takes the flower but can only sob

IV

Enter ANDREA

ANDREA (Panting) Friends, I'm here! I bring the fruit, I bring the food, Sev, there's no need for tears, we will save thy house! (Sees THE FATE) Oh, madam, I beg your pardon, I salute you and I bow down!

THE FATE It's no worry, young lad, I'm exhausted, let's make a toast, tell me, what were ye

doing when I was passing through?

AULUS We were talking about future, about what will be of us when we men should be called.

THE FATE (Curious) Tell me, lad, what will ye do?

AULUS I will be a pirate and find true love!

ANDREA (Cutting AULUS) I will be a knight, and I'll marry a princess, a true one!

THE FATE (Apart) Ça sera! (To SEVERUS, motherly) And ye, Severus? Let out your dreams...

SEVERUS (Weak) I only want I could do something to save my dad...

THE FATE (Apart) A pure hearted lad... (To PHOEBUS) And ye, the last?

PHOEBUS (Absorted) I do not know... Maybe I wish a true story of love? To dream below other skies? To wander through many worlds and many days, and live a story like the ones of books and stage plays? I wish my fate to be different from all that once had been...

THE FATE (Apart) And a dreamer one... Shall their wishes be fate, for I rule destiny over men's head (To the boys) Now, boys, I shall go, fare you well, and dream, I say adieu.

Exit THE FATE across the bridge.

V

! AULUS searches for the food but finds any.

AULUS (Exasperated) Andrea! Thou broughtst no food! Only fruits, and only nuts! I'm hungry, aren't you?

SEVERUS (Trying to be well) Yes! How about we eat and forget about our fears? how about we go and take some cups and good wine red?

PHOEBUS (Excited) I agree! Go while I prepare the things and I clean the ground to eat! (Apart) And maybe I'll take a little rest...

! PHOEBUS starts preparing the things ready to eat while they go.

Exit SEVERUS, AULUS, ANDREA

LIGHTS OFF

SCENE II

EXT. LOCUS AMOENUS - DAY

! PHOEBUS is humming softly a song while making a flower crown from the white roses.

PHOEBUS (Singing) ~Io non compro più speranza...~

Enter ÉRIO running and shouting, seems to be frightened.

ÉRIO (Shouting) Help! Help!

! ÉRIO trips on the ground, starting to cry.

PHOEBUS Hey, kid! 'ou OK?

He kneels trying to help

ÉRIO (Sobbing) Thank 'ee!

Takes PHOEBUS' hand.

PHOEBUS (Like a little curious boy) Why were 'ou running?

ÉRIO He was going to eat me! Help!

! ÉRIO breaks in tears and PHOEBUS wraps his arms around.

PHOEBUS (Caring) Don't worry... What is 'y name?

ÉRIO (Stuttering) Ério...

PHOEBUS (Comforting) Oh! What a beautiful name! And why art 'ou here?

ÉRIO (Blushing) He was going to eat me! I've run away! (Serious) I would become free! No one will be able to rule over me! 'Ou know, all the people should be free! And eat chocolate whenever they wish! And play all the time! (Thinking) And.. And.. And eat more chocolate!

PHOEBUS (Inspired) And cake! And don't have to bathe!

ÉRIO (Cutting PHOEBUS) And take a nap whenever they please

PHOEBUS (Yawning) I agree...

Tired, he starts petting ÉRIO'S hair.

ÉRIO (Half asleep) And not to be punched by 'y dad...

! ÉRIO falls asleep. PHOEBUS caresses softly ÉRIO'S cheek, and sees a hit in the neck.

PHOEBUS (Sad) Don't worry Ério... All the people should have at least one friend...

He kisses softly ÉRIO'S cheek and lies the crown over the blobby golden bangs.

LIGHTS OFF